

# ARCHIPIÉLAGO:

*Nueve relatos*



ANTOLOGÍA



Archipiélago: nueve relatos  
*Antología*

# Archipiélago: nueve relatos

## *Antología*

Apoyamos y agradecemos la difusión total o parcial del contenido de esta publicación, siempre y cuando se haga de forma gratuita y se mencionen las fuentes.

Diseño y diagramación: Rocío Galea  
Ilustraciones: Rocío Galea  
Coordinación editorial: Martha Durán  
Madrid, España, junio de 2021.

## Índice

Presentación .....	6
<i>Martha Durán</i>	
Blackout .....	12
<i>Topisto Simone</i>	
Papel mojado .....	21
<i>Pilar Fernández</i>	
Caladrius .....	30
<i>Roxie Castle</i>	
El sonido de las llaves al chocar contra el suelo .....	36
<i>Chon Martin</i>	
Fantasmas .....	43
<i>Pablo Uroz</i>	
Kalaniot .....	51
<i>Lola Mento</i>	
Retraída sonrisa .....	58
<i>Sandra del Pino</i>	
Una extraña entrevista .....	64
<i>Raquel Sanz</i>	
Hogar .....	71
<i>Carolina Martínez</i>	

## Presentación

*Archipiélago: nueve relatos* es una antología que reúne algunos de los textos surgidos en el taller de escritura creativa del Centro Cultural Rafael Alberti, en Torrejón de Ardoz. En este contexto, la imagen del archipiélago surge para darle forma a un espacio donde confluyen las diferentes maneras de hacer y entender la ficción, pero también constituye un aquí y un ahora del que se desprenden significados, relaciones y construcciones posibles.

En estos nueve relatos, el viaje, el juego, la ensoñación o la memoria se van a presentar como formas de permanecer en el mundo y sortear posibles naufragios, al mismo tiempo que revelan la incertidumbre y la perplejidad como señales inequívocas de nuestro tiempo.

Así, en «Blackout», de Topisto Simone, el humor aparece en aquellos instantes en que un mismo acontecimiento se concibe de manera simultánea desde dos percepciones aparentemente incongruentes. En esta historia, la tensión es trabajada desde una situación en la que el personaje principal parece distanciarse cada vez más del sentido común, rozando así el ámbito del absurdo.

A continuación, el relato de Pilar Fernández, titulado «Papel mojado», nos muestra una sensibilidad honda y franca que colisiona con las diferentes formas de violencia del mundo actual. El personaje de esta historia encarna la paradoja entre el ser que siente y el ser que hace. La única solución para restablecer el orden y soportar las sombras de una realidad que lastima parece darse en el interior del ser.

Otros personajes encontrarán sus formas de estar en el mundo abriendo rendijas en la superficie espesa de lo real para crear espacios más blandos, menos punzantes. Es el caso de «Caladrius», de Roxie Castle. Aquí, el juego, el mito y la imaginación se presentan como puertas de entrada hacia lo posible, pero también como un espacio para guardar y guardarse, para protegerse de un afuera que amenaza dibujando las imágenes de un albergue para la ensoñación.

Por su parte, «El sonido de las llaves al chocar contra el suelo», de Chon Martin, nos devuelve de nuevo al plano de lo real para

desvelar el itinerario de un viaje, uno que se va trazando en el día a día a través de pequeños gestos y de los afectos que nos acompañan, pero también desde ese otro espacio de peregrinación que es el propio cuerpo.

También sobre las formas de viajar y sus motivaciones, irrumpe el relato de Lola Mento titulado «Kalaniot». La protagonista de esta historia se embarcará en una búsqueda que la llevará a transitar por el pasado de su abuela, recuperando imágenes de ese pasado para advertir la hondura y el espesor de una vida. Un lugar que se ha instaurado en la memoria colectiva como símbolo del horror, se concebirá como horizonte para la revelación de un sentido más íntimo y entrañable.

Por otra parte, Pablo Uroz muestra en «Fantasmas» una narrativa que trueca las acciones en escenas, en imágenes que adquieren cierta consistencia lírica para llevarnos hacia un desenlace insospechado. En esta historia, la ausencia se transforma en alegoría del tiempo, pero también en la manifestación de una incongruencia terrible que deviene en una profunda tristeza.

A continuación, el relato de Sandra del Pino, titulado «Retraída sonrisa», cuestionará la aparente homogeneidad de lo real, sus presupuestos y creencias, para revelar los pliegues y las diferentes capas de lo aparente, de aquello que se manifiesta como lo *otro* y que por ello no ha podido encontrar un lugar en el mundo.

Los límites de lo real se encuentran constantemente cuestionados en este conjunto de relatos. Es este el caso de «Una extraña entrevista», de Raquel Sanz, donde dos realidades que pertenecen a ámbitos diferentes se construyen de forma paralela, para encontrarse finalmente en un momento decisivo e irreversible. En esta historia, el delirio parece ser el espacio idóneo para el encuentro entre la verdad y la posibilidad.

Por último, en el relato «Hogar», de Carolina Martínez, lo monstruoso irrumpe como algo que acecha desde el afuera, pero que se manifiesta en el interior del ser a través del miedo y la fascinación. Para el sujeto que lo sufre, el mal surge como una alteridad que apenas tiene forma, una presencia ubicua que transforma el entorno en algo incierto y aterrador.

Martha Durán



# **Blackout**

*Topisto Simone*

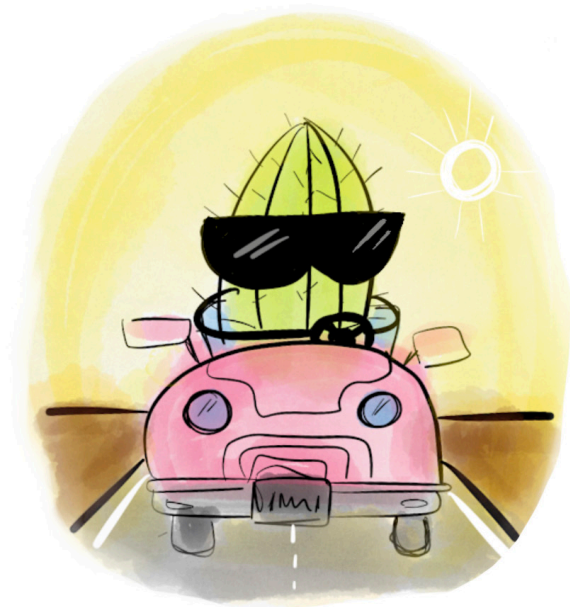
## Topisto Simone (Madrid, 1977)

Crecí viendo películas, escuchando música y cuentos infantiles de vinilo en el tocadiscos. Mi nombre es Esther Barrionuevo Escribano, pero la que escribe es Topisto.

De pequeña gané un premio de poesía y a la rima yo le rindo pleitesía. Quise ser patinadora, tenista y baterista. Sobre todo ecologista.

De naturaleza nerviosa a la vez que perezosa, conseguí siempre escapar del tedio y el trabajo serio. La mayoría de veces esquivé la suerte, pero unas pocas, las importantes, conseguí abrazarla fuerte. Me encontrarás viajando en busca de animales salvajes, viendo series, o en un concierto; observando el mundo con desconcierto.

Casi siempre de tapeo. Raro que escriba con lo poco que leo. Continúo mi búsqueda de un lugar en el mundo. Uno más amable, más solidario y más justo: uno ecofeminista, donde se pueda soñar y bailar en la pista.



www.illustrations.com

Bárbara nos ha vuelto a dar esquinazo. Hay que poner solución. Es nuestra favorita. Suele regalarnos bastante tiempo al día, el del pis de la mañana, el del café, el del paseo. Pero hoy, aparte del ratillo del coche, no conseguimos arañarle más tiempo. Tenemos hambre. Normalmente nos tiene bien alimentados, es una de nuestras fuentes más fiables. Ayer nos dimos un buen atracón, pero hoy no hay manera, se nos ha vuelto a escapar. Es verdad que al final acaba llegando tarde siempre la pobre, se le escapan partes de una conversación o se pregunta cómo ha llegado hasta allí. Pero es ella o nosotros.

Ahora está echando gasolina. Quizás podamos desayunar mientras llena el depósito. ¿Hacia dónde se dirige? Ha preguntado al dependiente cuál es el camino más fácil para llegar al desierto de Almería. No creo que el dependiente le haya indicado el camino más corto, pero sin duda es una oportunidad para nosotros, pues el trayecto nos proporcionará unos jugosos minutos.

Necesitamos que te relajes, Bárbara. Ya sabemos que ha sido un día muy duro, pero no es excusa para no tomarse un momento de calma. Sí, ya lo sabemos, tienes que deshacerte del cuerpo, pero lo tienes un poco complicado. Párate a pensar. Ni siquiera sabes cómo has acabado con un cadáver en el maletero. Nosotros sí lo sabemos, pero no hay manera de comunicártelo. Vamos, ¡no hagas tonterías! ¿Crees que vas a evitar la cárcel? Te llevas a un tipo a tu casa un sábado por la noche y a la mañana siguiente aparece muerto en tu cama, es bastante sospechoso, ¿no? Todas las pruebas te incriminan y hay huellas de él por toda tu casa. Vamos, déjalo estar, ¡tenemos hambre! Podrías haber llamado a tu amiga Patri, la enfermera, ella te habría ayudado, seguro que sabría qué hacer en estos casos. Deja que otros se ocupen y busca una buena abogada. Sí, muy bien, pide ayuda. Coge el móvil y llama a la policía. ¿A quién llamas? No, ¡a tu madre no!, no nos pongas más nerviosos, ¡llama a la policía!

—Mamá...¡Hola, mamá! ¡Que la he liado! ¡La he liado, pero bien!

Necesito ayuda. ¡No sé qué hacer!

—Pero... ¿qué te pasa, cariño?

—Pues es que no lo sé bien, no sé qué ha pasado. Ayer conocí a un chico muy majo en un bar y nos lo pasamos genial. Fue todo muy divertido. Nos pusimos ciegos, bailamos a muerte y luego nos fuimos a casa. Nos enrollamos un poco, todo genial y luego... empezamos a hablar de Tarantino, de sus actores fetiche, de juegos sexuales y, al final, una cosa llevó a la otra...y creo que... ¡hemos hecho un Carradine, mamá!

—¿Un qué, hija mía? ¿Eso qué es?... Tranquilízate, cariño, no será tan grave, ¡deja de llorar y explícamelo, anda!

¡Pero que no hay tiempo de explicaciones! Cuelga ya, llama a la policía. ¡Esta chica no está en sus cabales!

—¿Te acuerdas del pequeño saltamontes, el de Kung Fu?... Pues a ese le gustaba asfixiarse durante el sexo para sentir más placer, pero se le fue de las manos y acabó palmando. Por lo visto no conviene apurar tanto.

—Por lo visto, ¿no? ¡Ay, cariño!, los jóvenes de ahora estáis fatal de la cabeza.

—Oye, que Carradine no era precisamente un jovencuelo, ¿eh?

—Pero entonces, hija mía, ¿qué es lo que ha pasado?

—Pues...mira, no lo tengo claro...Solo sé que ayer, en tó lo alto, le puse una bolsa en la cabeza y... yo pensé que había estado genial, pero esta mañana he abierto los ojos tan feliz y contenta, y cuando he intentado despertarle, ¡no se movía ni respiraba! Y estaba muy pálido. ¡Estaba muerto, mamá! ¡Igual lo he matado yo, no consigo recordar! Tengo lagunas, no sé ni cómo lo he metido en el coche. Igual me ha visto alguien, no sé. ¡Algo anda mal en esta cabecita, mamá!

¡Pero no se lo cuentes a tu madre! ¡Que la estás haciendo cómplice! Cuelga y habla con tu abogada. No pierdas un tiempo precioso en esto. No merece la pena explicárselo. Solo déjate llevar. Abraza la apatía. Llama a la policía.

—Pero, cariño, a lo mejor le ha dado un ataque al corazón. No tienes por qué haberlo matado tú.

—Ya, pero no lo sé, no lo recuerdo. ¡No quiero ir a la cárcel, mamá!

—Bueno, mi vida, tú tranquila que esto lo solucionamos. Tú ven a buscarme, que yo te ayudo a enterrarlo.

Pero bueno, ¿es que ninguna de las dos va a poner un poco de orden en este caos? ¡Vaya par! ¡No vayas a buscarla! ¡¿De verdad que no vais a llamar a la policía?! Adiós al precioso tiempo de contemplación, se acabó el relax de la conducción. Nos esperan seis largas horas de conversación histérica. ¿No irás a poner en bucle otra vez el *Blackout* de Las Odio? Esa música no. ¡Así no hay manera! Tendremos que rapiñar algo por el camino.

A las tres horas paramos en un bar de carreteras y mientras Bárbara se queda pensando en sus cosas, conseguimos nutrirnos por fin.

—¿Qué haces, cariño? ¿Has pedido ya?

—Eh...pues no. Me he quedado en la parra. Joé, ya han pasado veinte minutos...Te juro que a veces tengo la sensación de que me roban el tiempo.

Dos horas más de viaje mientras se ponen al día. No callan ni un momento. Manifiestan sus planes absurdos sin pararse a contemplar la gigante extensión de terreno que conforma el desierto de Tabernas, el conjunto de enormes cárcavas recorridas durante las avenidas por ríos torrenciales. ¿Es que no vais a perderos en la inmensidad roja de sus formaciones, en el sugerente y magnífico paisaje, escenario de rodaje de gran parte de los espagueti westerns? ¡Mirad! Hay varios parques temáticos salpicados por todo el paraje. Ni un segundo de abstracción en todo el viaje. ¡Tanto con Tarantino ayer...! Pues Tarantino lo flipa aquí, ¡que lo sepas!

—Aquí se rodaron un montón de pelis del oeste, mami —dice Bárbara, por fin.

—Sí, y Cleopatra, me encantó esa película. Creo que Lawrence de

Arabia también —dice la madre mientras se imagina atravesando una enorme duna.

Cuando encuentran el lugar idóneo para enterrar un cadáver, según indica un blog que Bárbara ha encontrado en la *dark web*, paran el coche e inspeccionan el terreno. Por fin terminará esta pesadilla y podremos volver a la normalidad.

Esperan a que anochezca y empiezan a cavar. Las dos mujeres se miran planteándose si han tomado la mejor de las decisiones. ¡Pues ya es tarde para eso, bonitas! ¡A darle a la pala ya, hombre! Sus mentes empiezan a recorrer el camino que las espera, su estado de exaltación no les permite relajarse. Se preguntan si habrá alguien mirando, si acabarán en la cárcel, si serán capaces de sobreponerse a este momento. Pero poco a poco, la secuencia monótona producida por el sonido de la pala al clavarse en el terreno, la pala al elevarse y la arena al caer, relaja sus mentes. ¡Esta es la nuestra! Doble banquete de tiempo.

No dura tanto como esperábamos, porque la pala de Bárbara choca de repente con un material duro.

—¡Coño! ¡Un hueso! —exclama exaltada.

—¿Será de otro cadáver? —pregunta la madre sabiendo la respuesta.

Las dos mujeres se miran asustadas, pero continúan cavando, ya tienen la tumba a medio hacer. Cuando terminan de excavar, mueven entre las dos el cuerpo del muchacho y lo depositan en el terreno. Lo observan con pena y se abrazan la una a la otra.

—¡Ay! ¡Con lo majo que era, mamá!

—Y un poco raro también, hija mía —dice la madre intentando consolarla.

Empiezan a echar tierra por encima, pero cuando terminan de echar la primera capa, oyen un ruido.

—¿Has oído eso?

—Sí, hija mía.

Las dos mujeres corren a esconderse detrás del coche y permanecen calladas durante un momento. Sus más terribles pesadillas les flashean la mente y se preparan para lo peor. Asumen de golpe la situación en la que se encuentran y se preguntan cómo han sido tan estúpidas, pero después de prestar atención con todos sus sentidos, identifican lo que parece ser alguien tosiendo.

—¡A que le estamos enterrando vivo! ¡Marcos! —grita Bárbara desesperada.

Acuden corriendo a desenterrarlo y lo ayudan a incorporarse. Le piden disculpas por intentar enterrarlo vivo y le explican la situación. El chaval empieza a salir poco a poco de su estado catatónico para entrar en estado de shock al escuchar la historia de las dos.

—Pero, ¿estáis locas, o qué?

—Ay, de verdad que yo pensaba que estabas tieso y no sabía si te había matado sin querer, no me veía capaz, pero ¡yo qué sé! No me acordaba. No quería ir a la cárcel.

Cuando Marcos reacciona, les explica que padece de catalepsia. Que a veces le dan ataques, pero que no se lo había querido contar en la primera cita.

—Cuando me da el apechusque, me quedo así, como muerto.

—Lo que te decía yo, hija, que este es un poco raro.

—Ay, mamá, no seas cateta, que tiene una enfermedad. ¿Nos perdonas a las dos, por favor?, que me siento fatal, de verdad.

—Claro, mujer, si esto ya me ha pasado más veces. Una vez me tiraron al mar y todo. Menos mal que me desperté a tiempo. Además, me lo pasé genial anoche con lo de las bolsas —dijo con una sonrisa medio tímida mientras se le iluminaban los ojos.

—Ay, ¿sí? Pues a mí también me encantó. Si quieres el próximo día probamos el estilo Michael Hutchence pero medio *controlao* —dijo mientras se imaginaba dándolo todo al ritmo de *I need you tonight*.

—Pero bueno, ¿en serio? ¿Eso que es? ¿otro juegucito? No habéis

tenido bastante con éste, ¿no? ¡Venga, tirando para casa! ¡ Ya está bien con la tontería!, que además creo que me he dejado todas las luces encendidas.

¡Catalepsia! Qué palabra tan maravillosa. Nunca la habíamos escuchado, pero abre un nuevo mundo de posibilidades para nuestra comunidad. ¿Cuánto tiempo había estado este chaval en estado catatónico? Unas veinte horas por lo menos. Tiempo que podremos robar y degustar a placer ¡Menudo descubrimiento! ¡La fuente definitiva de alimento para los come-tiempo!

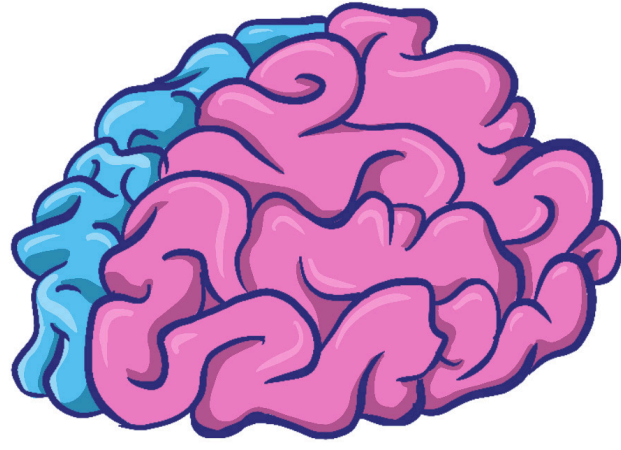
# **Papel Mojado**

*Pilar Fernández*

## Pilar Fernández (Granada, 1983)

Soy Pilar, y si me llamas «Maripili» es posible que te pegue. De pequeña quise ser barrendera, después azafata de avión y, por último, ejecutiva de una empresa transnacional, quizá porque me gustaba esa palabra. Al final me hice traductora, que parecía ser el término medio entre hablar idiomas y limpiar mierda. ¿El coche que conduces? ¿Ese electrodoméstico que compraste de oferta en el súper? ¿La bici eléctrica que te echaron los Reyes? Seguro que no leíste sus manuales, pero es muy probable que algún trozo haya pasado por mis manos.

Siempre he sido un culillo inquieto y he vivido en sitios tan lustrados como Hamburgo, Berlín, Atenas u Oporto, y otros tan castizos como La Zubia o Sant Vicenç dels Horts. Pero si algo he aprendido de la vida es que no importa quién seas ni dónde vivas, sino cuántos libros te caben en una maleta y cuántas estanterías estás dispuesta a llenar con ellos.



Sonia miraba el televisor casi sin verlo. Frente a ella, apenas sin tocar, un triste sándwich de máquina le recordaba que pronto acabaría su permiso. La pantalla cambió para mostrar algunas imágenes del último conflicto bélico, gente descalza y llena de polvo huyendo de los restos de unas vidas truncadas por lo que ella consideraba que eran las ambiciones económicas de unos pocos. La periodista centraba su relato en los niños, describiéndolos como el grupo más vulnerable y afectado por los bombardeos y las posteriores migraciones, pero Sonia siempre había pensado que era mucho peor para los adultos. A fin de cuentas, los niños tenían, con suerte, toda una vida por delante, pero ¿qué sería de aquellas personas de treinta, cuarenta o cincuenta años que lo habían perdido todo y que ahora se veían obligadas a abandonar sus países e intentar llegar a otros donde sabían que no las querían? ¿Cómo se sobrevive sin tierra, sin trabajo, sin dinero, sin poder ejercer tu profesión, sin nada que vender y, ni siquiera, que comprar? ¿De dónde se saca la fuerza para no arrojarse al vacío llevándose a todos a quienes se ama consigo?

El noticiario pasó a hablar de los deportes y, asqueada por la frivolidad con la que el mundo seguía girando, tiró el sándwich y se dirigió de nuevo a la sala de espera. Habían llegado algunas personas nuevas, aunque las citas apenas habían avanzado. Comprobó la pantalla y se dispuso a seguir esperando un poco más. Unos leves sollozos la hicieron mirar al otro lado de la sala, donde una chica lloraba quedamente mientras miraba la foto de un niño de rizos rubios y expresión risueña. No le hizo falta preguntarle nada para imaginarse su historia. A su izquierda, un señor que, por su edad, bien podría ser el bisabuelo de alguien, dirigió una mirada de compasión a la chica y susurró a Sonia:

—No es el mejor sitio para conocer a gente nueva, ¿verdad? —dijo con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Supongo que no —respondió Sonia, sorprendida por que alguien se atreviera a romper el silencio que les servía a todos

como escudo.

—Yo he venido por mi esposa, ¿sabe? —continuó el hombre—. Murió hace ya algunos años, pero sigo sintiéndolo como el primer día. Bueno, quizá no tanto, porque si fuera así a lo mejor no habría tenido la fuerza necesaria para venir, pero usted ya me entiende.

—Sí, claro —musitó Sonia.

—Estuvimos juntos sesenta y tres años —siguió, con ganas de hablar—. Nos conocimos muy jóvenes, claro, pero le aseguro que no perdimos ni un minuto. La urgencia de la juventud —dijo el hombre con una sonrisa pícaro y un velo de tristeza en la mirada—. Ya hace siete que me dejó. Al principio creí que me moriría de pena, aunque el tiempo pasaba y yo seguía aquí. He pensado muchas veces en quitarme de en medio, pero para eso hace falta un valor que yo no tengo. Así que solo me queda esto.

Sonia miró detenidamente al hombre por primera vez. Su rostro era la viva imagen del paso del tiempo, lleno de manchas y arrugas, con unos ojos grises que contemplaban la vida casi desde el otro lado. Pensó que, en el fondo, era una persona valiente, y que si se había decidido por esta opción era porque realmente deseaba seguir viviendo; de otra forma, sí, y según los detractores del proceso, con menos plenitud, pero también con menos cargas. Ella no creía que la esencia humana residiese en la capacidad de soportar traumas ni pesares, sino que más bien estos impedían desarrollar por completo la capacidad de cada persona.

Antes de contestarle, sonó un timbre y la pantalla mostró su número.

—Tengo que irme, me toca ya.

—Claro, claro, no se preocupe. Espero que le den el visto bueno y que le vaya muy bien.

—Gracias, igualmente.

Sonia cogió su chaqueta y pasó a la sala que indicaba la pantalla, donde la recibió un auxiliar que le hizo algunas preguntas básicas de salud y después la condujo hasta una salita. Se sentó a esperar y, a los pocos minutos, apareció una señora de mediana edad que,

tras estrecharle la mano con la firmeza de quien repite ese gesto varias veces al día, tomó asiento frente a ella.

—Bueno, Sonia, encantada de conocerla. Me alegra mucho que se haya decidido por nuestros servicios. Veo en su historial que ha pasado todas las pruebas satisfactoriamente y que, desde un punto de vista físico, está más que preparada para la intervención. Ahora, dígame, ¿por qué quiere someterse a ella?

Mientras pensaba en su respuesta, Sonia jugó con su anillo, como siempre que estaba nerviosa.

—Por la empatía —respondió.

—¿Podría explicarse un poco más?

—Me gustaría reducir mi nivel empático. Sé que es un tratamiento más complejo y con menos garantías que el de aislar una experiencia o recuerdo concretos, pero en mi caso es lo que necesito.

—Entiendo. ¿Y quiere centrarse en la angustia empática o en la compasión?

—Me gustaría empezar por la primera y, según cómo evolucione, ya vería si necesito o no un ajuste de la segunda.

—De acuerdo. Supongo que es usted consciente de los riesgos que la reducción empática conlleva.

—Sí, me he leído los folletos.

—Es mi deber recordarle que, si bien los efectos secundarios más habituales son las dificultades a la hora de reconocer sensaciones o expresiones faciales, también se han dado casos de problemas con la posición corporal, la regulación de la temperatura o la percepción del dolor.

—Sí, lo sé, pero no me preocupan.

—Muy bien. ¿Cree que podría afectarle en su trabajo?

—Al contrario. Creo que más bien será una ventaja. Es otro de

los motivos por los que quiero someterme al tratamiento.

—¿Tiene usted hijos? Entienda que, en caso de que así sea, no puedo autorizar esta operación.

—No, no se preocupe. Estoy sola.

—Fantástico —dijo la entrevistadora con un tono mecánico—. Pues hablemos del postoperatorio. Físicamente tardará un par de semanas en recuperarse, pero si así lo desea, puede pasarlas en nuestras instalaciones sin coste adicional. Por supuesto, si decide pasarlas en otro lugar, la empresa no se hace responsable de las posibles complicaciones que pueda haber.

—Lo entiendo. No se preocupe, he reservado mis vacaciones para esto, así que podré quedarme.

—Excelente. Además, tendrá la obligación contractual de acudir a uno de nuestros grupos de reeducación emocional, donde podrá poner a prueba sus nuevas habilidades y aprender a gestionarlas.

—No hay problema —dijo Sonia.

Tragó saliva un momento y, mirando tímidamente a la mujer mientras esta seguía tomando notas, preguntó:

—Solo tengo una duda. ¿Puede decirme hasta qué punto dejaré de ser quien soy?

La entrevistadora dejó el bolígrafo sobre la mesa y entrelazó los dedos.

—Eso es algo que no podemos determinar. Depende de lo que usted considere que la hace ser quien es. Es muy posible que pierda algunos recuerdos o que tenga que reaprender algunas habilidades de nuevo.

—Eso no me preocupa mucho. Me refiero más bien a si dejarán de importarme las cosas que ahora lo hacen o si dejaré de comprender el sufrimiento ajeno.

—Creía que ese era su objetivo.

—Solo en parte. Lo que en realidad quiero son cosas más concretas, más pequeñas —dijo tragando saliva—. Quiero que

deje de hervirme la boca del estómago cuando veo las noticias, ser capaz de decir que no a la gente que me pide ayuda y dinero por la calle sin sentirme culpable y no llorar con cada cadáver de animal que veo en la carretera. Quiero poder ir a cenar sin sentir que estoy molestando a los camareros porque quieren cerrar, no ceder el asiento en el autobús cuando estoy agotada y viajar sin pensar que estoy destruyendo el medioambiente con mi mera presencia en el avión. Quiero ser como la gente a la que desprecio por su frialdad, como usted, ahí sentada y sin mover un músculo, porque en el fondo no es desprecio lo que siento, sino la más pura envidia.

La entrevistadora carraspeó sin mayor señal de sentirse incómoda ante el exabrupto de Sonia y le pasó una botella de agua.

—No se preocupe por nada. Ha venido usted al lugar adecuado. Si le parece, le dejaré un borrador del contrato, donde se explica el procedimiento, para que lo lea con calma antes de firmarlo. Tiene cuatro semanas para hacerlo. Si no cumple ese plazo, desestimaremos su caso. ¿Lo ha comprendido todo?

—Sí —dijo Sonia con apenas un hilo de voz.

—En ese caso —dijo la entrevistadora levantándose para estrecharle la mano—, encantada de haberla conocido. Aproveche estos días para reconciliarse con sus emociones.

Sonia salió de la sala de reuniones por donde había entrado. Una vez de nuevo en la sala de espera se tomó un momento para asimilar lo sucedido. Se puso lentamente su chaqueta de camuflaje y consultó su reloj. En menos de doce horas estaría camino del sur del Líbano, donde la esperaba un despliegue de dos semanas del que no conocía los detalles. Pensó que, si la vida fuera justa, no sobreviviría a la incursión y ahí acabarían sus preocupaciones. Quizá el universo se diera cuenta por fin de la enorme ironía cósmica que suponía la existencia de una persona como ella haciendo el trabajo que hacía. Se sorprendió pensando en las palabras del anciano de la sala de espera sobre la valentía necesaria para quitarse la vida. Sopesó la posibilidad, pero sabía que no sería capaz de hacerlo. No, debía seguir adelante con el plan. Si conseguía entumecer sus emociones lo suficiente quizá pudiera soportar algunos años más, los suficientes para jubilarse con la pensión completa y, con suerte, disfrutar moderadamente de los últimos años de su vida. Suerte.

Pensó en las imágenes de los refugiados que había visto antes y en que la mayoría no tendría tanta como ella. Se consideraba una privilegiada, y ese mismo privilegio le hacía sentir asco de sí misma, como también lo hacía la idea de imaginarse inmune al sufrimiento de los demás. Derrotada, se sentó en una silla y, con las lágrimas mojando el papel, tomó la decisión más difícil de su vida.

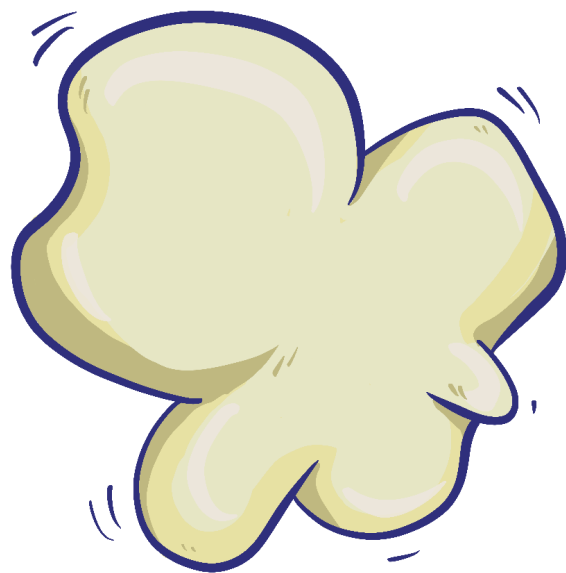
# **Caladrius**

*Roxie Castle*

## Roxie Castle (Alcalá de Henares, 1988)

¡Hola! Soy Rocío Galea. Treintañera, torrejonera, amante de la música, el cine, la lectura y el arte. Rodeada por mis dos hurones, Loki y Thor, me encontraréis delante de la pantalla, ya sea escribiendo, dibujando, leyendo o escuchando música.

Algún día me gustaría fusionar mis textos y mis ilustraciones para crear un cuento infantil, pero hasta entonces me podréis encontrar en Instagram. A la escritora, en @roxie\_castle\_ ; y a la artista, en @maroki.arts.



Valeria escribía, en los currículos con un rotulador, las mejores y peores cualidades de sus candidatos. De los aspirantes más destacables eran, por ejemplo, el oso amoroso. Aunque parco en palabras, era superachuchable y esponjoso. Por otro lado estaba Barbie, pero solo hablaba de su mansión y de su novio Ken. Chicos, ¡puaj! No obstante, adoraba el diminuto tamaño del hada, pero la descartó enseguida; no podría tener la habitación cubierta con su brilli-brilli. Una niña solo puede soportar cierta cantidad de purpurina. Además, su continuo tintineo le generó tal dolor de cabeza que tuvo que descartarla. ¡Imagínate estar años con ella! Imposible. El mejor candidato, por ahora, era el unicornio, aunque era un tanto pijo.

Aunque Valeria era una niña de cinco años, sabía muy bien qué estaba buscando. No podía equivocarse. Era una decisión para toda la vida. A pesar de que estaba agotada, con un suspiro, continuó con las siguientes entrevistas.

Cuando el penúltimo candidato se fue, Valeria estaba enfadada. ¡Ninguno era perfecto! Cogió el rotulador rojo, tachó y tachó. Cansada tras su arrebatado, suspirando, se tumbó en la alfombra. Mirando el techo se preguntó qué hacer si no encontraba al candidato adecuado. Otros amigos le dijeron que no pasaba nada, pero Valeria quería experimentar todos los aspectos de la infancia. Además, era algo que necesitaba desesperadamente. Incorporándose, se estiró y, más tranquila, ojeó el perfil del último candidato.

Sus ojos se entrecerraron cuando no vio una fotografía en el perfil. Mmm, no era una buena señal, reflexionó la niña. No le importaba entrevistar a cualquier tipo de criatura, pero no le hacía mucha gracia que su última esperanza quizás resultara ser el Coco. Abusones, no gracias. «¡Toc, toc!», sonó en la habitación.

—Que no sea el Coco, que no sea el Coco —oró Valeria—. ¡Adelante!

Cuando se abrió la puerta, los ojos verdes de Valeria se abrieron como dos lunas. Nunca lo hubiera imaginado. ¡Era un pájaro! Soltó el aire, aliviada. Al principio pensó que era un cuervo blanco, pero al acercarse no supo de qué especie era. Sus plumas eran de un blanco cristalino, relucientes como las perlas y con una textura aterciopelada. Ambos se estudiaron en completo silencio. Incómoda, Valeria carraspeó.

—¿Eres Dhalion? —preguntó ella.

El pájaro asintió.

—Antes de comenzar, te recordaré las condiciones del trabajo —indicó Valeria—. Tendrás que estar conmigo a todas horas y cada día de la semana. Cuando ya no te necesite, te recompensaré con lo que más te guste de la cocina. Palomitas, chucherías, dulces... Pero no te asustes, no todo será trabajar. También disfrutarás de largas siestas y podrás ver dibujos animados. ¿Alguna pregunta?

La cabeza emplumada negó.

—Bien —dijo Valeria—. Empecemos.

Las plumas de Dhalion se erizaron, nervioso.

—¿Qué prefieres, las palomitas de caramelo o las normales? —preguntó ella, muy seria.

Valeria ni se inmutó cuando una bruma dorada se formó sobre la cabeza de Dhalion y, ¡puf!, apareció una enorme palomita de caramelo.

—¡Din-din-din! ¡Respuesta correcta! —exclamó ella.

Dhalion, contento, se inclinó hacia adelante. Gritando de emoción, Valeria agarró la palomita, la mordió y ronroneó ante su sabor. Deliciosa.

—Siguiente pregunta —masculló Valeria con la boca llena—. ¿Qué prefieres, Marvel o DC?

En la cabeza de Dhalion, con otro ¡puf! dorado, apareció el logotipo de Marvel. Los ojos de Valeria hacían chiribitas. Esto

pintaba muy bien, pensó ella. Durante unos minutos prosiguió con sus preguntas y Dhalion las respondió. Los temas fueron de lo más variopintos. Con cada respuesta, las esperanzas de Valeria aumentaban, presentía que Dhalion era el indicado, pero no podía cantar victoria. Quedaban las preguntas más difíciles. En esta vida no todo se trataba de comida y entretenimiento.

Valeria miró sus ojos negros y, nerviosa, se mordió el labio. Con cuidado se colocó el pañuelo que le cubría la cabeza.

—¿Me contarás cuentos en las largas noches sin dormir? —preguntó mirando al suelo—. ¿No te enfadarás si te echo la culpa de mis travesuras? ¿Te quedarás conmigo cuando me pongan la medicina que dicen que me curará?

Las lágrimas apenas la dejaban ver. No quería volver al hospital. Entre hipidos, Valeria vio cómo Dhalion se acercó a ella. Entonces, sus pequeñas alas crecieron hasta que la cubrieron como una cálida y acogedora manta. Pudo sentir cómo les arropó una nube dorada. Respiró aliviada y cerró los ojos. Qué tranquilidad. Cuando se separaron, una sonrisa adornaba el rostro de Valeria. Riéndose entre dientes, sacudió la bruma dorada que le hacía cosquillas.

—Ten —dijo extendiéndole un papel—. Estás contratado. Si estás de acuerdo, firma aquí.

Dhalion creó un boli sobre su cabeza, se inclinó y firmó. Entonces el papel se elevó sobre el suelo, comenzó a girar y a brillar hasta que explotó en una nube de confeti multicolor. La nueva amistad se celebró con el sonido brillante de las trompetas.

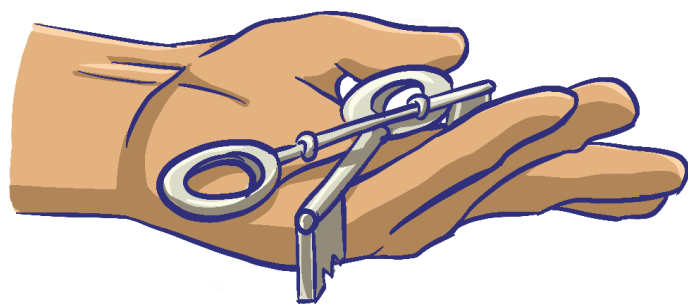
**El sonido de las llaves al chocar  
contra el suelo**

*Chon Martin*

## Chon Martin (Daimiel, 1966)

Soy Chon Martin, una joven de cincuenta y cinco años. A los nueve me vine a vivir a Torrejón y decidí adoptarla. Desde muy pequeña, mi cabeza ha sido una fábrica de fantasías e historias que contaba en voz alta. Donde nadie veía una historia o una aventura de mi boca siempre salía: os imagináis si ... Un día decidí empezar a contar esas historias en papel para que el viento no se las llevara.

Dicen que todo ser humano antes de morir quiere plantar un árbol, montar en globo y escribir un libro. Yo he plantado unos cuantos árboles y se me han secado, en globo no montaré por mi miedo a las alturas, pero, lo último, escribir un libro, espero conseguirlo. Si soy capaz de hacer reír, soñar o llorar con mis historias habré alcanzado uno de mis sueños.



Olga miraba por la ventanilla del avión, veía cómo su amada Madrid se alejaba poco a poco mientras el aparato ascendía para terminar perdiéndose entre las nubes. El día anterior le dijo adiós paseando por sus calles, disfrutando de la vorágine de sus grandes avenidas; e, incluso, ni el ruido de los motores de los coches, ni el impacto de los martillos hidráulicos al chocar contra el suelo le molestaron como en otras ocasiones. Se embriagó del silencio de sus parques en una mañana donde la mayoría de los habitantes trabajaban o estaban estudiando. Al terminar el día, desde el templo de Debod, la ciudad se despidió de Olga ofreciéndole los últimos rayos que el sol lanzaba al atardecer, reflejándose en el lago y bañándolo todo de tonos rojizos que iban cambiando según se ocultaba el astro.

Todas esas imágenes se quedaron en su retina. Las repetía una y otra vez hasta que una caricia de Manuel la sacó de sus pensamientos. Sintió la calidez de su mano y con una tímida sonrisa le devolvió el gesto. No hacía falta hablar, una simple mirada lo decía todo. Cuando Olga se enfadaba, sus ojos se tornaban de un azul oscuro como el cielo de una tarde de tormenta; en cambio, cuando era feliz, pasaban a ser de un azul intenso como el que asomaba en ese momento. Manuel tan solo recordaba haber visto ese azul en su mirada en tres ocasiones: el día de su boda y cuando nacieron sus dos hijos: Cayetana y Lucas. Acercó los labios a la frente de Olga y tras besarla la animó a dormir. Olga asintió con un lento movimiento de párpados, sabía que no podría dormirse, pero cerró los ojos simulando que sucumbía al sueño. Con ellos viajaban también Cayetana y Lucas con sus respectivas parejas y retoños. Era un viaje que por unanimidad habían decidido hacer todos juntos, su madre necesitaba a su pequeña tribu y esta no le fallaría. Tras aterrizar en el aeropuerto de Ginebra recogieron sus equipajes y fueron al mostrador de una empresa de alquiler de vehículos, donde les entregaron las llaves de un monovolumen de ocho plazas. Antes de dirigirse a la casa que habían alquilado para el fin de semana hicieron una pequeña ruta turística, viendo cómo la primavera se abría camino en la fría ciudad. Para alivio de Manuel, llegaron

a la vivienda que les acogería durante los dos días siguientes. Cada miembro de la familia se hizo cargo de una maleta, menos él, que como era habitual no dejaba que nadie se ocupara de Olga. Bajó la silla de ruedas de su esposa, sentándola en ella al tiempo que le retiraba con mimo un mechón de pelo que caía sobre la cara. Fueron hasta la puerta de la vivienda donde los esperaba una mujer, que les entregó las llaves y se despidió hasta la mañana siguiente. Al fondo del salón, una gran cristalera invitaba a acercarse. Manuel empujó la silla para poder contemplar las vistas que les ofrecía la casa. Ante sus ojos se extendía un valle alfombrado de un verde primaveral. En el centro, un apacible lago azul como los ojos de Olga cuando era feliz y, bordeando sus aguas, seis abetos que se perdían en el cielo. Esa simple imagen hizo recuperar a la pareja una paz que hacía tiempo habían perdido.

Cuando la familia se acomodó, pasaron el resto del día en el exterior, jugando y riendo con los pequeños, disfrutando cada minuto que les prestaba la vida mientras Olga los miraba feliz. La jornada había sido larga y agotadora para todos, pero sobre todo para ella. Manuel se dispuso a ponerle el pijama, pero esta vez fueron sus hijos los que desearon cambiar a su madre de prenda. Cuando ya estaba preparada, Manuel envolvió en sus brazos a su mujer con sumo cuidado y, como el que coge por primera vez a un bebé, la tumbó en la cama. Olga cerró los ojos sin que llegara el sueño hasta que sintió a Manuel a su lado, pudiendo al fin descansar y esperando con ansia el amanecer. La noche dio paso al día. Olga sintió cómo los primeros rayos del sol le bañaban la cara. Cada minuto que pasaba se afianzaba más en su decisión. Habían transcurrido tan solo tres años, aunque en ocasiones ese tiempo le parecía mucho más largo. Un día se le cayeron las llaves de las manos, pero no le dio importancia; más tarde no podía coger un bote de tomate y tras eso vino una caída tonta en la calle, hasta que decidió ir al médico y empezó una interminable lista de pruebas. Cuando recibieron la llamada del médico, quince días antes de la fecha prevista, sus más que temidos augurios se confirmaron. El diagnóstico fue devastador: ELA, una palabra que nunca había oído y que de golpe iba a ser su compañera. Tras ese primer dictamen visitaron a varios especialistas, pero el resultado siempre fue el mismo. La enfermedad avanzó más rápido de lo que les hubiera gustado. Primero empezó a andar con una muleta, luego con dos, después pasó a verse postrada en una silla de ruedas y, más tarde, ante la imposibilidad de mover los miembros superiores, empezaron a darle de comer; en un principio comía lo mismo que el resto de la familia, pero empezó

a atragantarse y, después de haber dado algún que otro susto, pasó a ingerir solo purés. La comunicación verbal cada vez era más complicada, le pusieron un ordenador que hablaba por ella y del que salía un sonido robótico. Poco a poco fue entregando su intimidad. La frustración crecía al mismo tiempo que su grado de dependencia. Se le había olvidado lo que era vestirse sola y asearse. Ante la imposibilidad de controlar sus esfínteres, aparecieron los pañales. La columna vertebral apenas le sostenía la cabeza, que empezaba a caer hacia un lado. Cada vez más a menudo, por la comisura de su boca asomaba un fino hilo de saliva. Se perdió el poder acunar a sus nietos. En el camino se quedaron vacaciones y proyectos planificados años antes para cuando los chicos fueran mayores. Con ella fue arrastrando a Manuel, que tuvo que pedir una excedencia en el trabajo para poder cuidarla. Gracias a su pensión y a los ahorros de toda una vida pudieron ir tirando. Olga nunca había querido una muerte digna, sino una vida con dignidad, y hacía tiempo que la había perdido. Un día, en un programa de televisión hablaron de unas asociaciones en Suiza que ofrecían suicidio asistido. Cuando se lo propuso a la familia, la respuesta fue un no rotundo y unánime. Fueron semanas de discusiones, de no querer empatizar, pero viendo como los ojos de Olga se aclaraban al hablar del tema, todos aceptaron su decisión con pesar y ese día tan temido por Manuel había llegado.

Él seguía tumbado en la cama, su cuerpo se negaba a levantarse, sabía que le quedaba poco tiempo y tenía miedo, mucho miedo. Miedo a no poder contener las lágrimas, miedo a no estar a la altura de lo que Olga merecía, miedo a no verla más, miedo a no poder tocar su cuerpo, miedo a no saber vivir sin ella, miedo a comenzar una nueva vida sin estar a su lado y saber que esos ojos azules ya no le hablarían. Esos miedos los tendría que dejar a un lado, sabía que era lo que Olga quería y por ella tendría que ser fuerte. A él no le importó dejar el trabajo ni abandonar su vida social. En un principio los amigos iban todas las semanas a verlos, pero, sin darse cuenta, poco a poco esas visitas se fueron espaciando en el tiempo, dando paso a llamadas de teléfono. Pero eso ya no importaba.

Manuel sacudió sus temores, se levantó, se duchó y se vistió. Posteriormente, con el cuidado y el mimo de todos los días, realizó la misma operación con Olga, pero esta vez, en lugar de vestirla con un cómodo chándal, le puso ese vestido rojo que tanto le gustaba. Cuando ya estaban preparados, el resto de la familia pasó a la ha-

bitación. Los acompañaba la misma mujer que el día anterior les había entregado las llaves de la casa. El ritual comenzó en silencio, no hacía falta que la enfermera les explicara nada, ya había quedado todo claro cuando contactaron con la asociación. Le puso la vía, conectó el suero y se marchó, dejándolos solos. Todos se sentaron sobre la cama rodeando a Olga. Manuel la cubrió con sus brazos protegiéndola por última vez. Olga se sentía orgullosa de su familia, sus hijos habían sido su música y su letra, haciéndola reír o llorar dependiendo de la melodía que tocasen en cada momento; Manuel, su amor, su vida, su compañero de viaje, a quien en más de una vez le había tocado recomponer el puzle de su vida recogiendo unas piezas que en ocasiones fueron difíciles de encajar. Poco a poco se dejó llevar y sus ojos se tornaron de un azul antártico. Olga emprendió su último viaje, feliz, como había añorado.

# **Fantasmas**

*Pablo Uroz*

## Pablo Uroz (Madrid, 1978)

Hombre blanco, cis, hetero y la excusa perfecta para que en este grupo pudiéramos hablar todas en femenino genérico, y ni aun así nos ha salido mucho que digamos. Aún nos queda mucha (de)construcción del idioma que hacer como sociedad.

Músico de vocación e ingeniero de profesión, he querido dedicarme a otras cosas antes de ponerme a contar historias, porque ¿qué contar si no has visto nada, si nunca te ha pasado nada? Sigo pensando que ni he vivido ni sé prácticamente nada de nada, pero antes o después tenía que empezar, aunque solo fuera por el puro placer de juntar palabras.



La luz pálida y tímida del nuevo día se filtra a través de las cortinas y se ha quedado flotando en el aire como polvo lunar en suspensión. Carmen acaba de abrir los ojos y, con la mirada aún borrosa y crédula del despertar, se sueña arropada entre dos pliegues del visillo, prendida a media altura, acurrucada, vagamente corpórea, quizás etérea, sin duda ingrávida.

El silencio es total. Todo está inmóvil. El tiempo se ha detenido, o más bien no existe, no ha existido nunca, es una ilusión. La respiración pausada y los parpadeos somnolientos de Carmen no lo necesitan, llevan su propia cadencia sin él, más allá de él, en la quietud.

Haces de polvo de luz, inmóviles como nebulosas. Esbeltas cordilleras de tela. Cavidades glaciales.

Un pensamiento se enciende de pronto, sin motivo, se presenta sin avisar desde ninguna parte, súbito y eléctrico como un relámpago. Una inquietud repentina aflora desde el fondo de la consciencia. ¿Qué día es hoy? ¿Qué hora es ya? Llego tarde.

Carmen se levanta, se pone la bata y, aún medio dormida, se dirige instintivamente hacia la cocina. Su cuerpo conoce el camino hasta en sueños. Allí se encuentra a José, que está preparando el desayuno.

—Ay, cielo, ¿estás aquí todavía? Me he quedado dormida. ¿Qué hora es? ¿No vamos tarde?

Él le sonríe con ternura.

—Qué va, si hoy es fiesta.

—Ay, por favor... —Suspira y se frota los ojos con las manos—. Llevo un despiste encima...

El despertar es gradual, como una marea que se retira, al ritmo pausado del café con leche y las tostadas. Y también es volátil, como las olas que vuelven. Al calor de una segunda taza de café, un sopor dulce la arrulla de nuevo. La luz ya es más cálida, de media mañana. Se escucha a los pájaros piar de fondo por detrás de la radio y sus tertulias intrascendentes. Con la mirada perdida y las manos rodeando la taza, recogiendo su calor, otro pensamiento subconsciente brota y caracolea y llama la atención como las volutas de vapor del café. Carmen lo acoge y lo expresa en voz alta:

—Qué solos estamos, ¿no?

José no dice nada. Carmen vuelve la cabeza hacia él.

—¿Sabes? Me gustaría mucho tener un hijo.

José la mira a los ojos. Se le ve brillo en la mirada y algo más parecido a la curiosidad que a la sorpresa, y también otro algo indefinido a lo que Carmen no sabría ponerle nombre.

—¿Y eso? ¿Ahora, así, de pronto?

—Pues, estaba pensando que... No sé. Una pareja sin hijos es... como una familia a medias, ¿no? Que tú y yo, aquí, así de solos...

José coge aire, se dispone a contestar, pero entonces cierra los labios, los repliega entre los dientes, aparta la mirada hacia arriba y hacia un lado y finalmente exhala esa bocanada en un suspiro sordo y largo.

—Bueno, estamos solos, pero no estamos tan mal, ¿no?

—No, mal no, pero... No sé... —dice, y mira a la ventana. La mira, pero no la ve. Su mirada está en otro sitio, en su interior, mucho más lejos—. ¿Qué te parecería la idea de tener un hijo? —insiste, volviéndose hacia José, y se le acerca un poco. Él le sonríe con la misma ternura que cuando se levantó.

—Me parecería genial.

Esa tarde salen a pasear por un parque cercano. José lleva a Carmen cogida por el brazo. Se fijan en los árboles y en los pájaros, y en los perros, que los hay de todos los tamaños, y en la gente variopinta,

y disfrutaban del sol y del día primaveral. Hablan de todo un poco y se ríen con ganas de algunas tonterías que se les ocurren.

Pero Carmen se fija sobre todo en las madres y sus carritos, en sus bebés, en los niños pequeños que aún están aprendiendo a andar, en los que ya corren y se persiguen y juegan entre ellos, en los grupitos de adolescentes y en las parejas que se desmarcan y buscan un banco o un rincón apartado en el césped. José lo nota y lo sabe, e intenta llevar la conversación y su atención hacia otras cosas, pero Carmen recalca de vuelta a la mínima oportunidad.

—Mira qué bien se les ve —comenta acerca de una pareja que va patinando junto a un niño y una niña que tendrán unos seis y ocho años—. Si es que los niños traen alegría a una casa.

—Eso es cierto, sí —admite José.

—De verdad, no sabes las ganas que tengo de tener un hijo. No sé por qué me ha dado tan fuerte con esto ahora, no sé si será el reloj biológico ese que dicen.

—¿No crees que nos pilla un poco mayores? —insinúa él. Ella lo mira extrañada y lo repasa de arriba abajo.

—Pues no veo por qué. Vale que ya no tenemos veinte años, pero... No veo por qué.

—No, por nada, era por decir algo —bromea él.

—Si tuviéramos una niña —retoma Carmen— me gustaría que se llamara Lucía.

A José le cambia la cara.

—Joder, Carmen. ¿Por qué dices eso ahora?

Ella no entiende su reacción y recula.

—Ay, pues no sé, perdóname, me ha salido así, no sé por qué... Es un nombre que siempre me ha gustado, de toda la vida.

La expresión de José es indescifrable.

—Pero... ¿porque te recuerda a alguien que conoces, o...?

—No, no sé. Es un nombre que siempre me ha gustado, no sé decirte por qué.

José, con los labios apretados y la mirada inquieta, asiente varias veces y al fin suspira, sonrío y dice:

—Bueno, es un nombre muy bonito, la verdad.

La abrazaría con toda el alma en ese momento, pero le da vergüenza que alguien pueda fijarse en ellos, así que, en su lugar, le pone las manos en los hombros, le dedica una sonrisa bien, bien grande y abierta y le dice:

—Venga, vamos, que te invito a merendar unas tortitas en donde Diana.

—¡Uy, qué bien! ¡Pero qué caballero! Hoy es mi día de suerte — bromea ella, y se ríe con muchas ganas.

Por la noche, después de cenar, él está viendo algún programa en la televisión cuando se da cuenta de que ya hace bastante rato que ella dijo que iba un momento a la cocina a por algo. Se levanta y va a buscarla, y allí se la encuentra hablando sola.

—Carmen, ¿qué haces?

—¡Ah! Nada, estaba aquí hablando con Lucía.

José no dice nada. No sabe ni qué decir. Se queda con la boca entreabierta y medio boqueando, buscando las palabras con las que pedirle algún tipo de explicaciones. Ella se le adelanta.

—Es que creo que ya está aquí, ¿sabes? —le dice, y se rodea la tripa con ambas manos, abrazándose—. La siento aquí dentro. Y le estaba contando lo felices que somos porque nuestro sueño se va a hacer realidad al final, y que la queremos muchísimo, y que estamos deseando que nazca para enseñarle el mundo, y cuidarla, y llevarla a jugar al parque, y quererla muchísimo.

A José, aún con la boca abierta, se le humedecen los ojos. Carmen lo ve y se emociona también.

—Ay, cariño —le dice, y lo invita con un gesto a que se acerque a su lado. Le coge la mano, se la pone sobre la tripa, lo mira y le sonrío. Él contiene su emoción, le devuelve la sonrisa más grande que tiene y, ahora sí, la abraza.

Algo más tarde le dice que tiene que ir al baño. Cierra con cuidado la puerta tras de sí. En el espejo, un fantasma de pelo blanco y ojos enrojecidos le sostiene la mirada.

No lo piensa, no piensa en ello. Lo sabe sin más. Sabe que es mentira, que este mundo no es el mejor de los posibles, ni mucho menos. De lo contrario, Lucía no habría muerto de aquella muerte tan absurda hace tantos años, pervirtiendo el orden natural, y ahora estaría allí con ellos y sería su alegría, su apoyo y su consuelo en la vejez.

Y sabe perfectamente que, en realidad, es a su única hija a quien su mujer añora, aunque ya ni siquiera sea consciente de ello.

Y cierra los ojos frente al espejo, aprieta con fuerza los párpados, y aprieta los dientes, agacha la cabeza sobre el lavabo, solloza en silencio.

# **Kalaniot**

*Lola Mento*

## Lola Mento (El Mundo, 1984)

Me bautizaron como Paula Mateos y escribo, o más bien escupo, como Lola Mento. Soy relatista, dramática, intensa y cuentista (en todos los significados de las palabras). Peleadora de causas perdidas. Feminista. Wanderluster. Festivalera y melómana. Comedora de guisantes, berberechos y croquetas. Bebedora de vermús. Probadora de labiales rojos. Prefiero a los animales antes que a muchas personas, y mi gato Bocata es mi fiel compañero de aventuras. Quizá por eso soy un poco salmón, siempre a contracorriente. Lloro mucho y río más, aunque a veces lo haga todo a la vez.

Me jubilaré en Zanzíbar con mucho vino, libros, un tocadiscos y mi máquina de coser. Antes me habré apuntado a todos los bombardeos y viajes que me propongan, consumiendo mi cuerpo en vida. Mi sueño es que todos mis relatos, algún día, cuenten cosas que ya no pasen. Mientras tanto me puedes leer en Instagram como @lolamento1984, o en @weloversize.



Llevaba allí un mes. Sin embargo, cada vez que recibía la llamada de Oswiecim para confirmar la cita, la volvía a retrasar consciente de que tarde o temprano tendría que coger el maldito tren que la encarase con lo que en realidad había ido buscando.

El viaje desde EE. UU había sido improvisado, como esas veces que seguido de un «no hay huevos» acabas botellas de tequila en la universidad, das besos a desconocidos o cantas a voz en grito en medio de Times Square. Era completamente imprevisible y eso le había traído muy buenos momentos. Pero este calentón no era comparable a una botella de tequila, por mucho que hubiese comprado el billete de avión unas horas antes de embarcar rumbo a Cracovia.

Mila había crecido en Brooklyn. Su abuela Sarah llegó allí en 1946, sola, con una de las visas de gracia concedidas por el presidente Truman. Había conocido la hambruna más terrible y ya nada le impactaba, y precisamente eso fue lo que le permitió sobrevivir a los primeros meses de miseria en América. Poco hablaba Sarah de su pasado, pero sus ojos escondían una nostalgia y un dolor que no podría ocultar hasta su muerte, o al menos eso creía ella.

Sarah conoció a Dylan en Bryant Park, donde dormía y trabajaba limpiando zapatos por unos centavos que ahorraba convenientemente para poder mejorar su suerte algún día. Eligió ese parque porque le gustaba dar de comer a las palomas. Durante años no había visto ningún animal más allá de las chinches que la devoraban sin piedad en aquellas literas hacinadas donde dejó sus sueños, esperanzas y familia. El sonido gutural de esos pájaros la reconfortaba de alguna manera, trasladándola a su niñez, a un mundo lejano en el que el mayor de sus problemas era el de juntar las migas de pan del desayuno para llevarlas a la plaza del mercado, camino al colegio, y entregárselas a los que le habían contado que eran caballeros convertidos en paloma por una bruja por petición del Rey Enrique IV, quien, sediento de riquezas vendió a sus caballeros a la hechicera y corrieron esa plumífera suerte.

Dylan se enamoró al instante de esos ojos azules que le miraban desde una posición servil. Sarah simplemente se dejó llevar, su corazón había dejado de sentir hacía demasiado tiempo y necesitaba paz. Así es como empezó la historia de amor de Dylan y la vida de Sarah.

Como Dylan había prometido, su existencia avanzó con la tranquilidad necesaria. Juntos tuvieron dos hermosas niñas y compraron una casita en Brooklyn. Con el paso del tiempo, la felicidad y las risas volvieron a llenar las fiestas y reuniones de la familia Smith-Baum gracias al torbellino de Mila. La única niña que tuvieron las hijas de la pareja devolvió la sonrisa completa a Sarah.

Abuela y nieta eran uña y carne. Sarah consentía a Mila, la amaba como no había podido amar a sus propias hijas y se enamoró de nuevo. Esa niña recompuso su corazón, que hasta ese momento solo eran pedazos que sonaban cuando intentaba ser feliz.

Mila se lo pasaba en grande con su abuela, sobre todo cuando le contaba historias. Su preferida era la de las palomas de Cracovia. Mila creció feliz, plena. Sin embargo, a medida que iba haciéndose mayor, la joven se preguntaba más y más cosas; como por qué los ojos de su abuela eran como los suyos pero no brillaban igual, o por qué la viejita nunca se quitaba la manga larga aunque fuera verano y el sol arreciara furioso contra el sediento asfalto de Brooklyn.

La llamada fue un lunes a primera hora y el camino de vuelta hasta casa desde la universidad lo hizo de manera autómata y prácticamente fuera de sí. Al llegar a casa, el cuerpo inerte de su abuela yacía sobre el suelo rodeado de velas y familiares, y un Takhrikin la cubría dejando sus brazos al desnudo. Era la primera vez que Mila veía a su abuela en manga corta. Se sorprendió, pues realmente tenía unos brazos esbeltos y preciosos.

Colocó la cinta negra que le había dado su madre en la camisa, sobre el corazón, y se arrodilló cerca de Sarah. Cogiendo su mano con mucha suavidad acercó sus labios para regalarle un último beso y una lágrima cayó curiosa sobre la amoratada piel de la difunta. Mila enjugó su llanto, y lo que en un principio le había parecido un cardenal, se tornó en una mancha azul. Entrecerró los ojos y descubrió que su abuela tenía un número tatuado en su antebrazo, «10894».

El secreto de Sarah había permanecido oculto durante años, y una mezcla de indignación y tristeza invadió a Mila descubriendo que ninguno de sus familiares sabía que su abuela había pasado una época de su vida en Auschwitz y sus subcampos, Birkenau y Monowitz.

Y así fue como surgió ese «no hay huevos», se plantó en el aeropuerto y cogió el primer avión que salió para Cracovia.

Y allí estaba, en el pequeño apartamento que había alquilado cerca de la plaza que habría hecho las delicias de su abuela en un tiempo pasado. Leyó, vio películas, volvió a leer, preguntó en bibliotecas, ayuntamiento y asociaciones. Y se volvió incrédula, porque así negaba la mayor, porque si no creía no había sucedido, y si no había sucedido su abuela nunca sufrió. Y dio de comer a las palomas, que cada día se acercaban a su ventana con curiosidad casi felina.

Ese día el teléfono volvió a sonar. Cuando fue a posponer la cita una vez más, una paloma se colocó veloz sobre su mano.

—¿Dígame?... Sí, a las tres, allí estaré. Gracias.

Había contestado como una autómatas, como si algo le impidiera negarse de nuevo. Y quizás había sido lo mejor.

Quedaban apenas unas horas para la cita, llevaba más de una hora llegar a Oswiecim y el viaje en tren no le agradaba en absoluto. Se duchó y vomitó. Pero esta vez estaba decidida. Cogió el bolso y se lanzó a la calle. Las palomas de la plaza revolotearon a su alrededor y la siguieron hasta la estación, como si quisieran elevarla y darle fuerzas.

Llegó a Auschwitz con la nieve como telón de fondo, con el frío quebrando sus huesos y el miedo incendiando su corazón, que latía fuerte y acelerado. La recibieron dos responsables de la Asociación Judaica del museo, con la templanza que solo alguien que ha visto el horror puede mantener.

Ella no sabía mucho más que el nombre de su abuela y el número tatuado en su brazo. Pero salió sabiendo demasiado. El horror de las películas no era comparable a lo que aprendió ese día en el campo. Tenía hermanos, seis, su abuela Sarah tenía seis hermanos,

padre, madre, tíos. Probablemente ahora estén todos en el Vístula, se repetía una y otra vez. No lloró, no pudo. O sí lloró, demasiado, pero ahora ya no lo recuerda. Se desmayó y la salvó una Coca-Cola, como si de una metáfora de lo más macabro se tratara.

Sus acompañantes estaban acostumbradas a todo tipo de reacciones, pero no permanecían impasibles a pesar de la costumbre. Se portaron bien, muy bien, esa costumbre demoledora las hizo empáticas a la fuerza. Y le contaron todo lo que necesitaba saber, contestando a sus preguntas antes incluso de que las formulara. Y le ofrecieron un consuelo que no fue más que un placebo.

Se despidió y se marchó sin preguntas, pero con un vacío poco propio de quien ha obtenido todas las respuestas. Llegó al andén de la estación sin aliento, abrumada, desconsolada y triste. Y volvió a llorar. Lloró tanto que el pecho le dolía y tuvo que tumbarse en un banco. Cerró los ojos e intentó controlar la respiración.

«Mila», creyó oír. Y abriendo lentamente los ojos descubrió cómo una paloma blanca se había posado sobre su pecho, con una preciosa kalaniot de color rojo asomando en su pico. La flor favorita de Sarah y emblema de Israel tras la guerra. Haciendo una reverencia, el ave dejó la flor sobre Mila y echó a volar, libre, como si las vallas, el frío y el odio nunca hubieran existido en Cracovia.

# **Retraída sonrisa**

*Sandra del Pino*

## Sandra del Pino (Toledo, 1971)

Soy Sandra del Pino. Cuando mandan a alguien al «quinto pino» me siento identificada, es lo que tiene ser la menor de cinco hermanos con este apellido. Mi afición a la escritura es muy sencilla, no busco reconocimiento, no busco ni méritos ni premios.

Disfruto los momentos en que escribo escapando de todo mi alrededor, tejiendo mis palabras para que dibujen mi imaginación. Tampoco espero nada espectacular del lector, solo que le valga durante la lectura, para disfrutar y deshacer la madeja ovillada.



Nací en una aldea próxima al mar de «la Esperanza», llamado así porque siempre que la gente se paraba en la orilla y sus ojos se dirigían al infinito, la chispa de la ilusión saltaba en su mirada y en su interior surgía la esperanza de ver alguna señal más allá, algún sitio donde se pudieran encontrar otras personas o gentes que nos dieran variedad y nos enseñaran nuevas formas de vida.

Crecí junto a mis padres. A mi madre pocas veces la encontré fuera de la cocina y de la granja donde criamos a los tres cerdos que la comunidad tuvo a bien darnos. Y con mi padre, el herrero del pueblo, tenía una relación muy cercana, con el silencio siempre ins-taurado entre nosotros. Nos sobraban las palabras, con una mirada podía saber si estaba haciéndolo bien o me estaba equivocando.

Mi infancia y adolescencia las pasé entre las paredes de barro cubiertas de cal oscurecida por las quemaduras del fuego, junto a una puerta que sostenía un cartel desteñido se leía «Herrería». El trabajo era duro, pero era mi manera de vivir, no hacía falta pensar en nada, solo machacar con fuerza, incluso con furia el metal que sujetaba mis manos.

No tenía amigos, no los necesitaba, no tenía nada que contarles y lo que ellos me contaran no me interesaba. Sé que tenía el mote de «Gigante» porque solían usarlo para dirigirse a mí, pero tampoco me importaba. Pocos sabían de mi nombre real, Sebastián. ¿Para qué servía que te pusieran un nombre cuando eras parido si realmente tu nombre te lo daba la gente que convivía en tu pueblo? Yo creo que deberían preguntar a cada uno cómo quiere llamarse y decidirlo junto a tu comunidad cuando ya hubieras pasado la edad inútil de la niñez. El mote de «Gigante» venía dado por mi aspecto. Siempre

miraba al resto de la gente desde arriba, e incluso la anchura de mis brazos era mayor que el cuerpo de algunos de los habitantes. Esto hacía que me sintiera orgulloso de mi aspecto, en mi interior disfrutaba al ver cómo corrían despavoridos los críos cuando me los cruzaba y carraspeaba.

Era un día de verano, no sé la fecha exacta. Tenía perfectamente controlados los cambios de estación por el tamaño de las manchas de sudor que aparecían en mi camisa. Siempre golpeaban igual, tenían varios niveles de fuerza, pero según la amplitud de la mancha sabía en qué estación estábamos.

Ese día terminamos pronto. Con un gesto de mi padre supe que era la hora de marchar. No tenía hambre, así que decidí dar un paseo, me alejé del pueblo y busqué un buen tronco donde pudiera reposar mi corpulencia y el sol no se reflejara en mi fornido cuerpo. Me quedé dormido y tuve un profundo sueño: mis pisadas se hundían en la arena caliente y solo se podían observar los pasos ya dados. Creo que estaba en el desierto. Una vez oí hablar de ello a mi padre con un visitante de otra aldea, lo describió como en mi sueño. Entre este sueño aplastante y la fuerza de mis ronquidos, no me enteré de la tormenta que se formó sobre mí. Me asestaron una puñalada en la parte superior del brazo izquierdo y tuve la sensación real de que salió por el pie derecho. El dolor era enorme, y sentí un temblor que me paralizó durante un tiempo. Cuando recuperé el sentido, comprobé los ojos curiosos de los habitantes y, al intentar levantarme, apoyando mi brazo derecho, un aterrador grito saltó de mi boca. Esto hizo que los curiosos habitantes retrocedieran en grupo, e incluso llegué a ver alguna carrera.

Mi cuerpo cayó en el suelo de nuevo, y mis ojos se fijaron en cómo una vieja se acercó a mí y empezó a inspeccionar mi brazo. Yo la miré con odio y con miedo. Por primera vez sentí miedo al dolor, pero mi desconfianza hacia ella se evaporó al recibir su dulce sonrisa. Con voz tímida y sin querer asustarla, dije:

—Vieja, ¿por qué me sonrías? ¿No te doy miedo?

A lo que ella contestó:

—Nadie necesita más una sonrisa que aquel que no la muestra nunca.

La vieja era la enfermera de la aldea, y tras varias horas y la ayuda de varios habitantes consiguió vendarme el brazo tan fuerte como les fue posible para que no lo moviese. Me había roto un hueso y era su manera de cuidarlo.

Cuando pude levantarme pensé en dar las gracias, pero en su lugar decidí expresarlo con una sonrisa que maravillosamente fue devuelta por cada uno de los presentes.

# **Una extraña entrevista**

*Raquel Sanz*

## Raquel Sanz (Madrid, 1971)

Estudié ciencias, aunque tenía alma de letras. Siempre quise escribir historias, y gracias a este taller de escritura y a las ganas que le han puesto los compañeros y profesores, he conseguido encontrar la motivación y muchas herramientas para hacerlo.

Comienzo aquí lo que espero que sea un largo camino por el que transitar el resto de mi vida.



—Pase por aquí, por favor —graznó una mujer que pareció salir de la nada, ataviada con una extraña vestimenta.

La desagradable voz consiguió que Julia saliera de su ensimismamiento y que pegara un leve respingo en la mugrienta silla tapizada en color verde en la que estaba sentada. Se encontraba en una gran sala rectangular. A su derecha había una puerta lacada en negro que permanecía entreabierta y por la que entraba una gélida corriente de aire. A su izquierda, una especie de mostrador de madera oscura, en la que el barniz brillaba por su ausencia en algunas partes de su superficie, dando un aspecto viejo y desvenado al mueble. Frente a la hilera de sillas donde se encontraba, se alzaba una puerta más grande que rompía la estética del lugar por sus extravagantes relieves y su color dorado. Julia no lograba recordar qué hacía allí. La iluminación era escasa, no había ventanas. Pensó que su salud andaba de vacaciones y que quizás era el momento de pedir cita con su médico. Seguramente sería suficiente con un complejo vitamínico para la memoria y para ese insidioso cansancio que la abatía.

La extraña mujer acompañó a Julia hacia la puerta dorada. Ya más cerca, pudo fijarse en las escenas de los relieves. Su mirada se detuvo en una de las imágenes que mostraba una figura humana alada. Al atravesar el umbral sintió cómo la fría brisa que entraba a la sala se intensificaba notablemente. Un hombre de edad avanzada y aspecto cuidado se dirigió a ella.

—Por favor, siéntese, Sra. Sanz —dijo el hombre.

—Buenos días—contestó Julia—. Veo que sabe usted mi nombre. Si no le importa, me gustaría saber el suyo para poder dirigirme a usted con propiedad. Creo que no estamos en igualdad de condiciones — Julia se sorprendió de su propia respuesta, no recordaba ser tan borde.

Una sonrisa apareció en el rostro del hombre, que con un leve

encogimiento de hombros pareció excusarse.

—Llámeme Sr. M. Todos mis amigos, aunque debo reconocer que no son muchos, me llaman así.

Después recuperó su rictus serio. El hombre se inclinó hacia la mesa. Delante tenía un portafolios y pasaba las hojas una a una, leyendo minuciosamente su contenido.

—Veo que tiene usted un amplio bagaje profesional y personal— afirmó dirigiendo su mirada intensa hacia Julia—. ¿Qué proyecto tiene para los próximos años?

Julia se sobresaltó y miró hacia atrás dos veces, una por encima de cada hombro, buscando a la persona a la que la pregunta podía ir dirigida, pero solo estaba ella. Contempló entonces con más atención al hombre que tenía delante. Era un tipo alto y extremadamente delgado y, aunque estaba sentado, por su postura se podía intuir una espalda ligeramente encorvada. Sus ojos, hundidos en un rostro surcado por las arrugas, tenían un color indefinido cuyo efecto más inmediato era una mirada profunda e inquietante. Causaba un gran desasosiego mirarlos, por lo que Julia optó por desviar los suyos mientras le contestaba.

—Francamente estoy bastante desubicada, Sr. M., no recuerdo haber presentado mi currículum para ninguna oferta de trabajo últimamente. Es más, no busco trabajo. Quizás, si me dijera el nombre de su empresa, podría ayudarme.

El Sr. M. carraspeó ligeramente en un intento de aclarar su garganta antes de responder a Julia.

—Permítame que no le revele el nombre de la empresa, se trata de un proceso de selección confidencial —dijo el anciano poniendo cara de póker mientras contestaba—. Admito que es una forma poco habitual de buscar candidatos. Llevo mucho, pero mucho tiempo en este negocio, y nunca había visto nada igual, créame. Bueno sí, quizás en el año.... — El Sr. M. interrumpió de repente su alegato y, después de un incómodo silencio que duró apenas unos segundos, continuó con su explicación—. Debido al aluvión de peticiones de los últimos meses nos hemos visto obligados a ampliar el filtro de admisión. Desgraciadamente, no cabemos todos aquí.

—Ya, pero le repito que no busco trabajo —insistió Julia.

—Ya veo —comentó el entrevistador en un tono de voz apenas imperceptible.

La mujer se revolvió nerviosa en la silla.

—Si tan informado está, sabrá que actualmente trabajo en un proyecto sumamente importante, dada la situación mundial que atravesamos. El equipo científico que dirijo está a punto de terminar el desarrollo de la primera vacuna contra este maldito virus —replicó Julia.

El anciano seguía pasando las hojas del portafolios. Parecía no escucharla.

—Está usted casada y tiene dos hijos. ¿Cómo le va en su vida familiar? —siguió preguntando el hombre.

Julia no daba crédito, pero sin saber por qué se dispuso a contestar a la impertinente pregunta.

—Mire usted, teniendo en cuenta que mi marido me pone los cuernos y que además lo hace con mi mejor amiga, ya le digo yo que bien bien, no me va —escupió Julia con una mueca de resignación en su rostro—. Además, mi hijo mayor, que tiene diecisiete años, me tiene sumamente preocupada. Dos multas he pagado este año porque a la mierda del niño le ha dado por hacer botellón con sus amigos, sin respetar el confinamiento ni las normas de seguridad. Con la que está cayendo —continuó la mujer, cada vez más compungida—. Pero claro, si a mí me hubiera tocado vivir esto con su edad.

Julia se quedó pensativa, como imaginando la situación. Resopló.

—Y queda lo peor. A mi hijo pequeño, el angelito, el que menos culpa tiene de nada, le acaban de diagnosticar autismo severo —un poso de amargura asomaba a su voz entrecortada—. Mi marido, por supuesto, pasa de todos estos temas. Bastante tiene con conseguir que se le levante para poder cumplir con la zorra de mi amiga. Bueno, ex amiga.

El Sr. M. se recostó en la silla dejando por fin de mirar el dichoso portafolios.

—Veo que tiene usted muchos frentes abiertos, quizás no sea el momento de un cambio tan radical. Tengo bastante material con lo que hemos hablado y no dispongo de mucho más tiempo para perderlo. Reconozco que en su caso tengo dudas, pero por mi parte se puede marchar. En unos días le informaremos del resultado de la entrevista, Sra. Sanz.

Julia se levantó de la silla, aliviada de acabar con aquella extraña conversación. Realmente le importaba muy poco el resultado del que hablaba aquel hombre, solo quería perderle de vista y regresar a su casa, o a su trabajo, pues no recordaba qué día ni qué hora era. Abandonó el despacho donde había tenido lugar la entrevista, volviendo a la sala de espera. Allí seguía aquella mujer, detrás del mostrador de madera, tan mustia como al principio. Supuso que era la recepcionista y, sin siquiera despedirse, salió por la puerta negra.

Fuera, el aire estaba más templado. Cerró los ojos. Oyó voces agitadas, pero no lograba entender lo que decían. Se sumió en un profundo letargo.

En el hospital de la ciudad donde vivía, un médico y dos enfermeras intentaban desesperadamente reanimar a la mujer en una cama de la UCI. En sus rostros, detrás de todo ese material de protección, se adivinaba el cansancio extremo, las ganas de llorar.

El Sr. M., mientras tanto, sacaba una moneda de su bolsillo y se disponía a lanzarla al aire.

# **Hogar**

*Carolina Martínez*

## Carolina Martínez (Aranjuez, 1998)

Soy Carolina y me consideran una artista porque siempre amé crear todo tipo de cosas.

Al principio eran dibujos, luego pinturas, con el tiempo manualidades y por último, escritos.

Quizás lo último fue lo que más me gustó porque nunca dejé de hacerlo.

Me encantaría publicar un libro, pero hasta entonces sigo creando.



Subió las escaleras desapareciendo del sótano. Tras años de esperarlo, por fin había sucedido.

Él cometió su primer error.

La puerta no quedó completamente sellada.

Salió al exterior por segunda vez en cuatro años.

Miró alrededor un breve instante, tan corto que no recordó el color de la madera.

Estaba en el bosque.

No percibió ningún olor a pesar de que estaba rodeada por la naturaleza. No escuchó sonidos aunque el búho no cesaba de cantar. Una sensación de vértigo al observar la altura de la colina recorrió su cuerpo, pero no dejó de correr.

Continuó la carrera entre árboles mientras escuchaba los gritos iracundos del monstruo. No sabía si se lo imaginaba o si en realidad la perseguía, pero no se detuvo a comprobarlo.

La chica bajaba la colina a tal velocidad que tropezó y rodó. Las ramas secas y la maleza arañaban sus brazos. Un pino detuvo su carrera. La presión en su cabeza era insoportable. Se miró los brazos lacerados. Los gritos continuaron.

Se incorporó con rapidez. Vislumbró una cabaña. Asustada por la completa oscuridad que la rodeaba y con el cuerpo lastimado corrió hasta la puerta. Si llegaba hasta allí alguien podría ayudarla.

No llamó. Estaba abierta.

Tras entrar se prometió dos cosas:

1. Sanar la herida de su brazo derecho que no cesaba de sangrar.
2. Matar a quien la tocara.

Parpadeó tres veces. A sus ojos les costaba acostumbrarse a la luz. Había vivido demasiado tiempo en la oscuridad. No se sorprendió al encontrar la casa vacía. Apenas pudo ver una chimenea encendida, una mesa pequeña con sillas, una cama, la cocina y dos muebles para almacenaje. No había nada más. Buscó con la mirada algo que pudiese servir para detener la sangre. Comenzó a abrir cajones. Encontró aguja e hilo. Con los dedos temblorosos logró enhebrar el diminuto objeto. No sintió dolor cuando se cosió la herida, ni cuando cortó el hilo usando sus dientes con maestría. El monstruo la curaba cada vez que la lastimaba. Siempre tenía vendas, hilo, aguja, alcohol y demás para ella. Aprendió a permanecer en silencio. Las súplicas acarreaban golpes, pero el silencio no había sido suficiente para evitar el sufrimiento. Dolía incluso cuando las heridas no estaban sobre su piel.

Abrió otro cajón. Contenía ropa. Rompió una camisa y envolvió su brazo en ella.

Supervisó su cuerpo. Sabía que el resto de las heridas eran superficiales, pero le ardían las piernas. Se miró los pies. Estaba descalza.

Su corazón latía muy rápido. No sabía cuánto tiempo tenía hasta que él se diese cuenta de su huida.

Buscó en la pequeña cocina de madera algún objeto que pudiese servir para defenderse. Encontró una navaja y un cuchillo. Sostuvo fuertemente el primero y guardó el segundo en uno de los bolsillos del holgado pantalón.

Entonces fue cuando escuchó el sonido de un ronquido llenando la pequeña cabaña. Se giró al instante. En la esquina izquierda había alguien. Un anciano dormía sentado en una mecedora.

Parpadeó sin creérselo. Ahora que se había acostumbrado a la luz podía verlo.

El sonido del fuego quemando el carbón era imperceptible para

la joven, que no cesaba de escuchar sus acelerados pensamientos.

Nadine cerró los ojos.

El hombre despertó.

—¿Quién eres? —preguntó el viejo.

No sabía qué decir. Podría empezar por el principio. Por cuando fue secuestrada y enclaustrada en el sótano. Por cuando perdió las esperanzas, los sueños. Por cuando fue golpeada por no dejarse fotografiar. O por cuando temblaba noche tras noche antes de que el monstruo entrase.

—Nadine.

—¿Qué haces aquí?

—Vuelvo a mi hogar.

El olor rústico del bosque entrando por las ventanas le recordó las noches calurosas en su hogar. Anhelaba volver.

—Antes contéstame tres preguntas —propuso el anciano.

La chica asintió con la cabeza.

—¿Qué haces en el bosque?

—Me secuestraron.

El anciano no preguntó detalles, pero su rostro sereno le dio la confianza para continuar.

—Fue una noche de verano muy calurosa. Siempre bajaba a bañarme en la piscina con mis amigos. Esa noche bajé sola. Me raptaron y escondieron en el sótano de una cabaña.

El anciano encorvado se levantó y caminó hacia ella. Sus ojos azules, hundidos en su rostro por los años, escudriñaban cada expresión y movimiento.

—¿Qué edad tienes?

—Catorce.

Nadine apretaba la navaja con fuerza. No había intentado esconderla, pues el miedo la asediaba. No dudaría en usarla si fuera necesario. Antes morir que volver a ese infierno. El sonido de los golpes taladraba su mente.

Se alejó dos pasos colocándose en posición defensiva.

—¿Vas a hacerme daño ? —dijo el anciano usando su última pregunta.

—Depende.

—¿De qué?

—De si tú me haces daño a mí.

Miró al enjuto sin expresión. Meditaba sobre el tiempo que había pasado encerrada. Aquel hombre estaba a unos metros de la cabaña en la que había vivido durante los últimos años. No sabía si en realidad era inocente.

Nadine acercó el mango de la navaja a su cuerpo. Un sentimiento intenso la inundó. Sus manos comenzaron a temblar.

Como cada noche, millones de posibles pasados atravesaron su mente. El anciano se acercó. Ella preguntó:

—¿Escuchaste mis gritos alguna vez? El bosque es silencioso.

—Yo... yo no.

—¿Nunca oíste mis sollozos ? ¿Ni una sola vez?

—Yo no he...

—Me golpeaba hasta que me desmayaba.

La navaja rozó el cuello del hombre. Una gota de sangre cayó sobre la madera. Nadine temblaba. El anciano permanecía inmóvil, con una serenidad que asombraba, como si no tuviese miedo a la muerte.

—Eres tan culpable como el monstruo.

—Tú no. No tienes la culpa de nada.

Retrocedió dos pasos. Los gritos iracundos en su cabeza cesaron. Escuchó el canto del búho. El olor del carbón ardiendo en la chimenea la inundó. Sintió la brisa mover su rizada cabellera y rozar su espalda. La herida se transformó en cicatriz. Aunque había huella, ya no dolía.

Cuando Nadine volvió a abrir los ojos, el hombre continuaba en la misma posición que cuando entró. Supo que seguía durmiendo plácidamente porque roncaba. No se había movido.

La navaja no rasgaría el cuello de aquel extraño. Él no era culpable de nada. Nadine supo que ella tampoco.

Abrió la puerta y la cerró con lentitud. Ya no tenía miedo.

No había monstruo que la detuviese de regreso a su hogar.



Madrid, junio de 2021

